

ginacion. En vano los telescopios escudriñan todos los ángulos del cielo; siguen en vano al cometa mas allá de nuestro sistema, pues al fin se sustrae á sus investigaciones, mas no se sustrae al arcángel que lo dirige á su no conocido polo, para volver á traerlo, por misteriosas vías, en el prefijado siglo, al foco de nuestro sol.

Solo el poeta cristiano está iniciado en el secreto de tales maravillas. La cansada imaginacion torna á bajar al fin á la tierra, de globos en globos, de soles en soles, al par de los *serafines*, los *tronos* y los *potestades* que rigen el mundo, á semejanza de un río que ensancha en magnífica cascada sus olas de oro al aspecto de un radiante ocaso. Pasa entonces de la solemne grandeza á la dulzura de las imágenes; recorre, á la augusta sombra de los bosques, el imperio del *Angel de la soledad*; halla en la apacible claridad de la luna el *Genio de los sueños del corazon*; oye sus suspiros en murmullo de los bosques y en las quejas de Filomela; las rosas de la aurora son la cabellera del *Angel de la mañana*. El *Angel de la noche* descansa en medio de los cielos, donde se asemeja á la luna dormida sobre nacarada nube; cúbrense sus ojos de una venda de estrellas; sus talones y su frente aparecen ligeramente enrojecidos con la púrpura de la aurora y la del crepúsculo; precédele el *Angel del silencio*, y le sigue el *del misterio*. No injuriamos á los poetas creyendo que miran al *Angel de los mares*, al *Angel de las tempestades* y al *Angel del tiempo* y al *Angel de la muerte*, como genios merecedores del desden de las Musas. El *Angel de los santos amores* da á las vírgenes una mirada celestial, y el *Angel de las armonías* les prodiga sus gracias; el hombre recto debe su corazon al *Angel de la virtud*, y sus labios al *de la persuasion*. Nada se opone á que se concedan á estos espíritus bienhechores los atributos ostensibles de sus respectivos poderes y cargos: el *Angel de la amistad*, por ejemplo, pudiera adornarse con una banda maravillosa en que se vieran fundidos, por medio de un trabajo divino, los consuelos del alma, el sublime desinterés, las palabras secretas del corazon, las alegrías inocentes, los castos abrazos, la Religion, el encanto de los sepulcros y la inmortal esperanza.

CAPITULO IX.

APLICACION DE LOS PRINCIPIOS ESTABLECIDOS EN LOS ANTERIORES CAPÍTULOS.

Carácter de Satanás.

PASEMOS de los preceptos á los ejemplos. Reanudando lo que hemos puesto en los capítulos que preceden, empezaremos por el carácter atribuido á los ángeles malos, y al efecto citaremos el Satanás de Milton.

El Dante y el Taso pintaron, antes que el poeta inglés, al monarca del infierno. La imaginacion del Dante, agotada por nueve círculos de tormentos, hizo de Satanás un monstruo abominable, aherrojado en el centro de la tierra, mientras el Taso lo hizo ridículo al armarle de cuernos. Arrastrado por estas autoridades, Milton tuvo por un momento el mal gusto de fijar dimensiones á su Satanás; pero en verdad que se levanta de su caída de una manera sublime. Escuchad al príncipe de las tinieblas exclamar, en la cumbre de la montaña de fuego desde donde por vez primera contempla su imperio:

«¡Adios, campos afortunados, mansion de las eternas alegrías! ¡Horrores! ¡yo os saludo! ¡Yo te saludo, mundo infernal! ¡Abismo! ¡recibe á tu nuevo monarca, que te trae un espíritu que ni los tiempos ni los lugares cambiarán jamás! A lo menos, aquí seremos libres, aquí reinaremos; ¡el reinar, aun en los infiernos, es digno de mi ambicion!»

¡Qué modo de tomar posesion de los abismos del infierno!

Habiéndose congregado el consejo infernal, el poeta representa á Satanás en medio de su senado:

«Sus formas conservaban parte de su primitiva magestad; no parecia un arcángel caído, sino una gloria algo oscurecida, como cuando el sol en su oriente, lanza un rayo horizontal á través de las nieblas de la mañana; ó como cuando en un eclipse, oculto este astro detrás de la luna, derrama sobre la mitad de los pueblos un crepúsculo funesto, y atormenta á los reyes con el temor de terribles revoluciones. Tal parecia el arcángel: aunque oscurecido, brillaba sobre sus compañeros de caída; no obstante, su rostro se mostraba surcado por el rayo, y las amarguras eran ya muy antiguas en sus pálidas mejillas.»

Acabemos de conocer el carácter de Satanás. Habiendo huido del infierno, llega á la tierra, y sintiéndose poseído de negra desesperacion al contemplar las maravillas del universo, apostrofa en estos términos al sol:

«¡Oh tú, que coronado de inmensa gloria, dejas caer tus miradas desde lo alto de tu solitaria dominacion, cual dios de este nuevo universo: tú, en cuya presencia las estrellas se ocultan humilladas, yo elevo una voz hácia tí; no, empero, una voz amiga: no pronuncié tu nombre, ¡oh sol! sino para decirte cuán odiosos me son tus rayos. ¡Ah! Ellos me recuerdan la altura de que he sido despeñado, y cuán glorioso brillaba un día, viendo tu esfera girar á mis pies! El orgullo y la ambicion me han precipitado, pues me atreví á declarar la guerra al Rey del cielo, en el cielo mismo. Y en verdad que no merecia tan desleal recompensa, pues me habia hecho todo lo que era en una elevada gerarquía... Colocado á tanta altura, me negué á la obediencia, pues creí que un paso mas me llevaria al rango supremo, y me descargaria en un momento de la inmensa deuda de una gratitud eterna. ¡Oh! ¿Por qué su omnipotente voluntad no me creó en la categoria de algun ángel inferior? Feliz seria aun, pues mi ambicion no se hubiese alimentado con una esperanza ilimitada... ¡Miserable! ¿Dónde huiré de una cólera infinita y de una infinita desesperacion? El infierno me acompaña á todas partes, yo mismo soy el infierno... ¡Oh Dios! ¡mitiga tus golpes! ¿No has dejado algun camino al arrepentimiento y á la misericordia, fuera de la obediencia? ¡La obediencia! El orgullo me prohíbe pronunciar esta palabra, que me avergonzaria ante los espíritus del abismo. No les seduje por medio de promesas de sumision, cuando fui osado á ofrecerles que avasallaria al Omnipotente. ¡Ah! Mientras me adoran en el trono de los infiernos, ignoran cuán caras pago aquellas palabras soberbias, y cuánto gimo interiormente bajo el peso de mis dolores... Pero, ¿y si me arrepintiese, ó si por un rasgo de la gracia divina, reconquistase mi primitiva condicion?... Una clase elevada volveria á excitarme en breve ambiciosos propósitos, y los juramentos de una fingida sumision no tardarian en ser desmentidos. El tirano lo sabe: y está tan lejos de concederme la paz, cuanto yo lo estoy de pedirle gracia. ¡Adios, pues esperanza, adios, temor é importunos remordimientos! todo está perdido para mí... ¡Mal, sé tú mi único bien! A lo menos, merced á tí, compartiré el imperio con el Rey del cielo, y aun tal vez reinaré sobre mas de la mitad del universo, como lo echarán de ver en breve el hombre y este nuevo mundo.»

Por grande que sea nuestra admiracion á Homero, debemos confesar que nada puede compararse con este pasaje de Milton. Cuando á la grandeza del asunto, á la hermosura de la poesia y á la natural elevacion de los personajes se añade un conocimiento tan profundo de las pasiones, nada mas debe exigirse al genio. Satanás, arrepintiéndose á la vista de la luz que detesta, porque le recuerda cuán superior le ha sido; deseando

luego haber sido creado en mas humilde gerarquía; endureciéndose despues en el crimen por orgullo, por vergüenza, y hasta por desconfianza de su carácter ambicioso; y por último, encargándose del imperio del mal durante toda una eternidad, por único fruto de sus reflexiones, y como para espiar un momento de arrepentimiento: hé aquí ciertamente si no nos equivocamos, una de las mas sublimes y patéticas concepciones que ha brotado en tiempo alguno el cerebro de un poeta.

Asáltanos en este instante una idea que no podemos omitir. Todo aquel que no carezca de algun criterio y buen sentido para la historia, podrá reconocer que Milton ha hecho entrar en el carácter de su Satanás la perversidad de aquellos hombres que á principios del siglo XVII cubrieron de luto la Inglaterra; en ese carácter se echa de ver la misma obstinacion, el mismo entusiasmo, el mismo orgullo, el mismo espíritu de rebelion é independencia; el monarca del infierno trae á la memoria aquellos famosos niveladores, que abjurando la religion de su patria, sacudieron el yugo de todo gobierno legítimo, rebeldes á la par á Dios y á los hombres. El mismo Milton habia participado de este espíritu de perdicion; y á fe que para imaginar un Satanás tan detestable, era preciso que el poeta hubiera visto su imagen en los réprobos que convirtieron durante tanto tiempo su patria en verdadero asilo de los demonios.

CAPITULO X.

MÁQUINAS POÉTICAS.

Venus en los bosques de Cartago.—Rafael en las frondosidades del Edem.

HABLEMOS ahora de algunos ejemplos de las máquinas poéticas. Venus, que se muestra á Eneas en los bosques de Cartago, es un fragmento acabado en el género afectuoso: *Cui mater media*, etc. «A través del bosque, y siguiendo el mismo sendero, su madre le salió al paso. Tenia el aspecto y el semblante de una doncella, y estaba armada como las jóvenes de Esparta, etc.»

Esta poesia es deliciosa; pero el cantor del Edem se ha acercado mucho á ella al pintar la llegada del ángel Rafael á la espesura habitada por nuestros primeros padres.

«El serafin ostenta seis alas, para sombrear sus formas divinas. Dos de ellas, fijas á su espalda, se encorvan sobre su seno, como los pliegues de un manto régio; las del medio se plegan en su derredor como una banda de estrellas; las dos últimas, teñidas de esmaltado azul, baten sus rápidos talones, y las sacudidas plumas esparcen celestiales perfumes.

«Adelántase hácia el jardin de la felicidad, á través de bosquecillos de mirtos y de nubes de nardo ó incienso; soledades de aromas, donde la joven naturaleza se entrega á todos sus caprichos... Adam, sentado á la sazón á la puerta de su frondoso albergue, descubre al divino mensajero, y exclama gozoso: ¡Ven, Eva, ven á ver un objeto digno de tu admiracion! Mira al Oriente por entre esos árboles: ¿no descubres esa forma gloriosa, que se dirige á nuestra gruta? Pudiera creerse una nueva aurora que se levanta en medio del día...»

Milton, casi tan afectuoso en este pasaje como Virgilio, le excede en santidad y grandeza. Rafael es mas hermoso que Venus; el Edem es mas encantador que los bosques de Cartago, y Eneas es un frio y triste personaje al lado del magestuoso Adam.

Hé aquí un ángel místico de Klopstock:

..... Daun eil et der thronen.

«Súbitamente, el primogénito de los Tronos baja

hácia Gabriel, para conducirlo hasta el Altísimo. El Eterno le llama *Elegido*, y el cielo *Eloa*. Mas perfecto que todos los demás seres creados, ocupa el primer lugar cerca del Ser infinito. Uno solo de sus pensamientos es tan hermoso como el alma entera del hombre, cuando, digno de su inmortalidad, medita profundamente. Su mirada es mas apacible que una mañana de primavera, mas dulce que la tibia claridad de las estrellas, cuando al brillar en su juventud, se mecieron cerca del trono celestial con todos sus torrentes de luz. Fue el primero á quien Dios creó, y tomó su aéreo cuerpo en una gloria celestial. Al nacer, todo un cielo de nubes flotó en su derredor; el mismo Dios le levantó en sus brazos, y le dijo, al bendecirle: *Criatura, héme aquí.*»

Rafael es el ángel *exterior*; Eloa el ángel *interior*: los Mercurios y los Apolos de la mitología nos parecen menos divinos que estos genios del Cristianismo.

Los dioses de Homero vienen muchas veces á las manos; pero nada se encuentra en la *Iliada* superior al combate que Satanás se apresta á presentar á Miguel en el Paraiso terrenal, ni á la derrota de las legiones, heridas por el rayo de Emmanuel; las divinidades paganas siguen muchas veces á sus héroes favoritos, cubriéndoles con una nube; pero esta máquina ha sido muy oportunamente aplicada por el Taso á la poesia cristiana, cuando introduce á Soliman en Jerusalém. Aquel carro velado de vapores; aquel viaje invisible de un encantador y de un héroe, por entre el campamento cristiano; aquella puerta secreta de Herodes; aquellos recuerdos de los antiguos tiempos, intercalados en una rápida narracion; aquel guerrero que asiste, sin ser visto, á un consejo, y que solo se descubre para determinar á Soliman á los combates: todo este maravilloso, aunque del género mágico, es de singular excelencia.

Objetarse tal vez que en las pinturas voluptuosas, el paganismo debe á lo menos alcanzar la preferencia. Si así fuese, ¿qué haríamos de Armida? ¿Diremos que carece de encantos, cuando inclinada sobre la frente del dormido Reinaldo, deja caer el puñal, trocada ya en amor su venganza? ¿Acaso es preferible Ascanio, oculto por Venus en los bosques de Citeres, al joven héroe del Taso, encadenado con flores, y llevado en una nube á las islas Afortunadas? Esos jardines, cuyo único defecto consiste en ser demasiado encantadores, y esos amores á quienes solo falta un velo, no son por cierto cuadros muy severos. En el episodio á que nos referimos se halla hasta el ceñidor de Venus, tanto y tan justamente censurado. Por lo demás, si algunos críticos descontentadizos se obstinaren en desterrar la magia, los ángeles de tinieblas pudieran hacer por sí mismos lo que por su medio lleva á cabo Armida. Nos autoriza á ello la historia de algunos de nuestros santos, pues el demonio de los placeres ha sido mirado siempre como uno de los mas poderosos del abismo.

CAPITULO XI.

CONTINUACION DE LAS MÁQUINAS POÉTICAS.

Sueño de Eneas.—Sueño de Atalia.

RESTANOS solo ya hablar de dos máquinas poéticas: los *viajes de los dioses*, y los *sueños*.

Empezando por estos, elijeremos el sueño de Eneas, en la noche fatal de Troya; el héroe lo refiere así á Dido:

Tempus erat, etc.

C'était l'heure où du jour adoucissant les peines,
Le sommeil grâce aux dieux se glisse dans nos veines;
Tout à coup, le front pale et chargé de douleurs,
Hector, près de mon lit, a paru tout en pleurs,
Et tel qu'après son char la victoire inhumaine,

Noir de poudre et de sang, le traina sur l'arène.
Je vois ses pieds encore et meurtris et percés
Des indignes liens qui les ont traversés.
Hélas! qu'en cet état de lui-même il diffère!
Ce n'est plus cet Hector, ce guerrier tutélaire,
Qui, des armes d'Achille orgueilleux ravisseur,
Dans les murs paternels revenait en vainqueur,
Ou courant assiéger les vingt rois de la Grèce.
Lançait sur leurs vaisseaux la flamme vengereuse.
Combien il est changé! le sang de toutes parts
Souillait sa barbe épaisse et ses cheveux épars;
Et son sein étalait à ma vue attendrie
Tous les coups qu'il reçut autour de sa patrie.
Moi-même il me semblait qu'au plus grand des héros,
L'œil de larmes noyé, je parlais en ces mots;

«O des enfants d'Illus la gloire et l'espérance!
Quels lieux ont si longtemps prolongé ton absence?
Oh! qu'on t'a souhaité! mais, pour nous secourir,
Est-ce ainsi qu'à nos yeux Hector devait s'offrir,
Quand à ses longs travaux Troie entière succombe!
Quand presque tous les tiens sont plongés dans la tombe!
Pourquoi ce sombre aspect, ces traits défigurés,
Ces blessures sans nombre, et ces flancs déchirés?»

Hector ne répond point; mais du fond de son âme
Tirant un long soupir: «Fuis les Grecs et la flamme,
Fils de Vénus, dit-il, le destin t'a vaincu;
Fuis, hâte-toi: Priam et Pergame ont vécu.
Jusqu'en leurs fondements nos murs vont disparaître;
Ce bras nous eût sauvés si nous avions pu l'être.
Cher Enée! ah! du moins, dans ses derniers adieux,
Pergame à ton amour recommande ses dieux!
Porte au delà des mers leur image chérie,
Et fixe toi près d'eux dans une autre patrie.»
Il dit; et dans ses bras emporte à mes regards
La puissante Vesta qui gardait nos remparts,
Et ses bandeaux sacrés, et la flamme immortelle
Qui veillait dans son temple, et qui brûlait devant elle.

(Traduc. de M. DE FONTANES.)

Este sueño es una especie de resumen del genio de Virgilio, pues se encuentran en él, en un reducido cuadro, todos los géneros de bellezas que le son peculiares.

Obsérvese, en primer lugar, el contraste de este espantoso sueño con la hora tranquila en que los dioses lo envían á Eneas. Nadie ha sabido señalar los tiempos y los lugares con mas maestría que el vate de Mantua. Aquí presenta una tumba, allí una aventura tierna, para determinar los confines de un país; una ciudad nueva ostenta un nombre antiguo, y un río extranjero toma el nombre de un río patrio. Por lo que respecta á las horas, Virgilio hace figurar casi siempre la mas tranquila sobre el acontecimiento mas trágico. De este contraste, lleno de tristeza, resulta esta verdad: que la naturaleza cumple sus leyes sin sentirse perturbada por las mezquinas revoluciones humanas.

Pasemos á la pintura de la sombra de Héctor. Ese fantasma, que mira á Eneas en silencio; aquellos largos llantos, aquellos piés hinchados, son las minuciosas circunstancias que elige siempre el gran pintor para poner á la vista el objeto que describe. El grito de Eneas: *Quantum mutatus ab illo!* es el grito de un héroe, que revela la dignidad de Héctor. *Squalentem barbam, et concretos sanguine crines:* ved aquí al espectro. Pero Virgilio presenta de improviso un rasgo propio de su estilo: *Vulnera... circum plurima muros accepit patrios.* En estas palabras se encierran el elogio de Héctor, los recuerdos de sus desventuras y de las de la patria en cuya defensa recibiera tantas heridas. Estas frases: *¡O lux Dardaniæ! ¡Spes o fidelissima Teucorum!* están llenas de calor, y en el mismo grado en que conmueven el corazón hacen desgarradoras las siguientes palabras: *¡Ut te post multa tuorum funera... adspicimus!* ¡Ah! esta es la historia de todos los que han abandonado su patria; á su vuelta, se puede decirles como Eneas á Héctor: *¡Debiamos tornar á veros despues de los funerales de*

vuestros parientes! Finalmente, el silencio de Héctor, y su suspiro seguido del *Fuge, eripe flammis!*... hacen erizar los cabellos. La última pincelada del cuadro mezcla la doble poesía de la vision y del sueño; y al ver á aquella arrebatada la estatua de Vesta y el fuego sagrado, se cree ver al espectro arrancando de la tierra á Troya.

Este sueño ofrece por otra parte una hermosura deducida de la naturaleza misma de las cosas. Eneas se regocija primero al ver á Héctor, á quien cree vivo; luego habla de las calamidades de Troya acaecidas despues de la muerte del héroe. El estado en que vuelve á verle no puede recordarle su destino; así es que pregunta al hijo de Priamo *donde ha recibido sus heridas*, y al mismo tiempo dice que *se le vió de aquella suerte el día en que fue arrastrado* al rededor de Ilión. Tal es, en efecto, la incoherencia de los sentimientos y de las imágenes en un sueño.

Nos es en extremo grato hallar entre los poetas cristianos algo que contrabalancee y tal vez exceda este sueño: poesía, religion, interés dramático, todo es igual en ambas pinturas, y Virgilio se reproduce de nuevo en Racine.

Atalia narra su sueño á Abner y á Mathan, bajo el pórtico del templo de Jerusalém:

C'était pendant l'horreur d'une profonde nuit;
Ma mère Jézabel devant moi s'est montrée.
Comme au jour de sa mort pompeusement parée;
Ses malheurs n'avaient point abattu sa fierté:
Même elle avait encor cet éclat emprunté,
Dont elle eut soin de peindre et d'orner son visage,
Pour réparer des ans l'irréparable outrage.
«Tremble! m'a-t-elle dit, fille digne de moi;
Le cruel Dieu des Juifs l'emporte aussi sur toi:
Je te plains de tomber dans ses mains redoutables,
Ma fille!» En achevant ces mots épouvantables,
Son ombre vers mon lit à paru se baisser;
Et moi, je lui tendais les mains pour l'embrasser;
Mais je n'ai plus trouvé qu'un horrible mélange
D'os et de chairs meurtris et traînés dans la fange,
Des lambeaux pleins de sang, et des membres affreux
Que des chiens dévorants se disputaient entre eux.

Muy difícil seria decidirse aquí entre Virgilio y Racine. Los dos sueños se derivan igualmente de las diferentes religiones de los dos poetas: Virgilio es mas triste, Racine mas terrible; este hubiera faltado á su objeto y desconocido el genio sombrío de los dogmas hebreos, si á ejemplo del primero, hubiese supuesto el sueño de Atalia en una hora pacífica; y como va á cumplir mucho, promete mucho en este verso:

C'était pendant l'horreur d'une profonde nuit.

En Racine se advierte concordancia y en Virgilio contraste de imágenes.

La escena anunciada por la aparición de Héctor, es decir, la noche fatal de un gran pueblo y la fundación del imperio romano, sería mas magnífica que la caída de un solo reino, si Joás, *al encender la antorcha de David*, no nos mostrase en lontananza al Mesías y la revolucion de la tierra.

La misma perfeccion se echa de ver en entrambos poetas: no obstante, la poesía de Racine nos parece mas hermosa. Héctor se presenta á Eneas siempre el mismo, desde el principio hasta el fin; pero la pompa y el brillo prestado de Jezabel,

Pour réparer des ans l'irréparable outrage,

seguidos súbitamente, no de una forma entera, sino

..... Des lambeaux affreux
Que des chiens dévorants se disputaient entre eux,

es una especie de cambio de estado, una peripecia que da al sueño pintado por Racine una belleza que no se advierte en el de Virgilio. Por último, esa sombra de una madre que se inclina sobre el lecho de su hija,

como para ocultarse en él, y que se transforma de improviso en *huesos y en carnes destrozadas*, es una de esas bellezas vagas, de esas circunstancias espantosas propias de la verdadera naturaleza del fantasma.

CAPITULO XII.

CONTINUACION DE LAS MÁQUINAS POÉTICAS.

Viaje de los dioses homéricos.—Satanás marchando al descubrimiento de la Creacion.

HEMOS llegado á la última de las máquinas poéticas, es decir, á los viajes de los seres sobrenaturales. Esta es una de las partes de lo maravilloso en que Homero se ha mostrado mas sublime. Ya pinta el carro del Dios volando como el pensamiento de un viajero que recuerda en un instante los lugares que ha recorrido; ya dice:

«Los intrépidos corceles de los inmortales salvan de un salto todo el espacio de cielo que alcanza á ver un hombre sentado en una enhiesta roca á orillas del mar.»

Sea cual fuere el genio de Homero y la magestad de sus dioses, su maravilloso y su grandeza van á quedar eclipsados de nuevo por lo maravilloso del Cristianismo.

Satanás llega á las puertas del infierno que el Pecado y la Muerte le han abierto, y se prepara á marchar al descubrimiento de la Creacion:

..... Like a furnace mouth
.....
..... The sudden view
Of all this world at once.

«Las puertas del infierno se abren... vomitando como la boca de un horno negras bocanadas de humo y de rojas llamas. Descúbrense repentinamente, á las miradas de Satanás, los secretos del antiguo abismo; océano caliginoso y sin límites en que se pierden los tiempos, las dimensiones y los lugares, y donde la antigua Noche y el Caos, antepasados de la naturaleza, mantienen una eterna anarquía en medio de una eterna guerra, y reinan por la confusion. Satanás, detenido en el dintel del infierno, fija su vista en el anchuroso antro, cuna y tal vez sepulcro de la naturaleza, y calcula los peligros del viaje. Pero en breve, desplegando las potentes alas, y rechazando con la planta el fatal dintel, se remonta envuelto en espesos torbellinos de humo. Conducido en su nebuloso trono, sube durante mucho tiempo con insolente audacia; pero los vapores, que se disipan gradualmente, le abandonan en medio del incommensurable vacío. Así sorprendido, redobla, mas ya en vano, los esfuerzos de sus alas, y cae al fin despeñado cual un objeto que cede á su propio peso.

»El instante en que esto canto vería aun su caída, si la violenta explosion de una nube de azufre y de fuego no le hubiese lanzado á alturas iguales á las profundidades á que habia descendido. Arrojado á unas tierras inseguras y trémulas, y á través de los elementos, condensados ó enrarecidos... marcha, vuela, nada, se arrastra. A favor de sus brazos, de sus piés y de sus alas, salva la sirtes, los estrechos y las montañas. En fin, un rumor universal de voces y de sonidos confusos hieren violentamente sus oídos. Dirige al punto su vuelo hácia aquel lado, resuelto á acercarse al espíritu desconocido del abismo, que reside en aquel estrépito indefinible, para saber de él el camino de la luz.

»Descubre á poco el trono del Caos, cuyo sombrío pabellon se extiende á lo lejos sobre el inmenso háratro. La Noche, velada en una túnica negra, está sentada á su lado; hija primogénita de los seres, es la esposa del Caos. El Acaso, el Tumulto, la Confusion y la Discordia de mil fauces, ministros son de

estas tenebrosas divinidades. Satanás se presenta á ellas sin temor, y les dice:

»Espíritus del abismo, Caos, y tú, antigua Noche, no vengo á inquirir los secretos de vuestros reinos... Indicadme el camino de la luz, etc.»

El decrepito Caos responde mugiendo: «Te conozco, ¡oh extranjero! Un mundo nuevo está suspendido sobre mi imperio hácia el lado en que cayeron tus legiones. ¡Vuela, y acelera el cumplimiento de tus altos destinos! Destruccion, catástrofes, ruinas, ¡vosotros sois las esperanzas del Caos!

»Dice: y Satanás lleno de alegría... se remonta con nuevo vigor, y atraviesa como una pirámide de fuego la atmósfera tenebrosa... Por último, la sagrada influencia de la luz empieza á hacerse sentir. Irradiado de las murallas del cielo, un rayo proyecta á lo lejos en el seno de las sombras una dudosa y trémula aurora: aquí empieza la naturaleza, y el Caos se retira. Guiado por aquellos inciertos albores, Satanás, semeiante á un bajel mucho tiempo combatido por la tempestad, reconoce el puerto con vivo júbilo, y se desliza mas suavemente sobre las domadas olas. A medida que adelanta hácia el día, el Empíreo desplega á su vista sus resplandecientes torres de ópalo y sus vivientes zafiros.

»Finalmente, descubre á lo lejos una fábrica gigantesca, cuyos magníficos escalones suben hasta las murallas del cielo... Perpendicular al pié de aquella mística gradería, se abre un paso que conduce á la tierra. Satanás se lanza al último escalon, y abismando sus miradas á las profundidades que se extienden á sus plantas, descubre con inmenso asombro todo el universo á la vez.»

La religion que ha suministrado un maravilloso de este género, y que ha inspirado además la idea de los amores de Adam y Eva, no puede parecer una religion anti-poética á los hombres imparciales. ¿Qué vale Juno, marchando á los confines de la tierra, en Etiopia, comparada con Satanás, subiendo desde los antros del Caos hasta las fronteras de la naturaleza? Advértese en el original un efecto notable que no hemos podido trasladar, y que se enlaza, por decirlo así, con el tono general de este fragmento: los largos giros que hemos suprimido, parecen prolongar la escursión del príncipe de las tinieblas, é infunden en el lector un vago sentimiento de lo infinito de esos espacios que acaba de atravesar.

CAPITULO XIII.

El infierno cristiano.

ENTRE las muchas diferencias que distinguen el infierno cristiano del Tártaro, son dignos de atencion los tormentos que sufren los demonios. Pluton, los jueces, las parcas y las furias no sufrían con los culpables; pero los dolores de nuestras potestades infernales son un medio mas para la imaginacion, siendo por consiguiente una ventaja poética de nuestro infierno sobre el de los antiguos.

En los Campos Cimmericos de la Odissea, lo vago de los lugares, las tinieblas, la incoherencia de los objetos, y la cueva á donde las sombras acuden á beber sangre, dan al cuadro cierto carácter de horror que tal vez se asemeja mas al infierno cristiano que el Ténaro de Virgilio, pues en este se advierten los progresos de los dogmas filosóficos de la Grecia. Las parcas, el Cocito y la Estigia, vuelven á figurar en las obras de Platon, en que se ve una distribucion de castigos y de recompensas, de que Homero no tenia la menor nocion. Ya hemos hecho observar que la desgracia, la indigencia y la debilidad eran relegadas por los paganos despues de la muerte á un mundo tan calamitoso como el actual. La religion de Jesucristo no habla así á nuestras almas. Nosotros sabemos que al abandonar este mundo de tribulaciones, hallaremos un lugar de descanso, y que, y si hemos tenido sed de justicia en

el tiempo, nos saciaremos de ella en la eternidad: *Sitiunt justitiam... ipsi saturabuntur.*

Si la filosofía queda satisfecha, tal vez no nos será muy difícil convencer á las Musas. Es verdad que no tenemos un infierno cristiano, tratado de una manera acabada, pues ni el Dante, ni el Taso, ni Milton se muestran perfectos en la pintura de los lugares de dolor. Sin embargo, algunos excelentes fragmentos debidos á tan grandes maestros, prueban que si todas las partes del cuadro hubiesen sido retocadas con igual esmero, poseeríamos infiernos no menos poéticos que los de Homero y Virgilio.

CAPITULO XIV.

PARALELO ENTRE EL INFIERNO Y EL TÁRTARO.

Entrada del Averno.—Puerta del infierno del Dante.—Dido.—Francisca de Rimini.—Tormentos de los reprobos.

La entrada del Averno ofrece, en el libro sexto de la *Eneida*, estos versos inimitables:

Ibant obscuri sola sub nocte per umbram,
Perque domos Ditis vacuas et inania regna.

Pallentesque habitant Morbi, tristisque Senectus,
Et Metus, et malesuada Fames, et turpis Egestas,
Terribiles visu forma; Letumque Labosque,
Tum consanguineus Leti Sopor, et mala mentis
Gaudia.....

Basta saber leer el latín, para percibir la armonía lúgubre de estos versos. Oyese primero retumbar y mugir la caverna por donde caminan la Sibila y Eneas: *Ibant obscuri sola sub nocte per umbram*; despues se entra de repente en los espacios desiertos, en los reinos del vacío: *Perque domos Ditis vacuas et inania regna*. Siguen luego las sílabas sordas y pesadas, que expresan de una manera admirable los penosos suspiros de los infiernos: *Tristisque Senectus et Metus*.—*Letumque Labosque*; consonancias que prueban que los antiguos no ignoraban la especie de hermosura propia de la rima. Los latinos, á imitación de los griegos, empleaban la repetición de los sonidos en las pinturas pastoriles y en las armonías tristes.

El Dante vaga primero, como Eneas, por un bosque que oculta la entrada de su infierno; nada es mas espantoso que esta soledad. Llega en breve á la puerta, en que se lee la célebre inscripción:

Per me si va nella città dolente,
Per me si va nell' eterno dolore:
Per me si va tra la perduta gente.

Lasciate ogni speranza, voi ch' entrate.

Hé aquí precisamente la misma clase de bellezas que en el poeta latino. No hay oído que no perciba la cadencia de estas rimas duplicadas, en que parece retumbar y morir el eterno grito de dolor que sube del fondo del abismo. En los tres *per me si va se cree* oír el fúnebre doblar de la campana que anuncia la agonía del cristiano. El *lasciate ogni speranza* es comparable al mas brillante rasgo del infierno de Virgilio.

Milton, imitando al poeta mantuano, colocó la Muerte á la entrada de su infierno (*Letum*), y el Pecado, que no es sino el *mala mentis gaudia, las alegrías culpables del corazón*, y describe en estos términos la primera:

..... The other shape, etc.

«La otra forma, si este nombre puede aplicarse á lo que no tiene formas, estaba en pié á la puerta. Era sombría como la noche, y torva como diez furias; su mano esgrimía un dardo espantoso, y en la parte que

parecía su cabeza, ostentaba la apariencia de una corona.»

Nunca se ha representado un fantasma de una manera mas vaga y terrible. El origen de la muerte, referido por el Pecado, y la manera con que los ecos del infierno repiten el nombre terrible al ser pronunciado por primera vez; todo es una especie de sublime horror, desconocido de la antigüedad.

Internándonos en los infiernos, seguiremos á Eneas al campo de las lágrimas, *lugentes campi*; allí encuentra á la sin ventura Dido, y la descubre entre las sombras de un bosque *como se ve, ó como se cree ver á la luna nueva levantarse á través de las nubes*:

..... Qualem primo qui surgere mense
Aut videt, aut vidisse putat, per nubila lunam.

Este trozo es magnífico; pero el Dante se muestra tal vez no menos tierno en la pintura de los campos de llantos. Virgilio coloca á los amantes en bosquecillos de mirtos y en solitarias alamedas; el Dante supone á los suyos en un ambiente vago y en medio de tempestades que les arrastran eternamente; el uno da al amor por castigo sus propias ilusiones, al paso que el otro le impone por suplicio la imágen de los desórdenes que aborta. El Dante detiene á una pareja infortunada en medio de un torbellino: Francisca de Rimini, interrogada por el poeta, le narra sus desventuras y su amor:

Noi leggevamo, etc.

«Leíamos un día, en grato pasatiempo, cómo el amor venció á Lancelot. Hallábame sola con mi amante, y no abrigábamos la menor desconfianza; mas de una vez palidecieron nuestros semblantes, y nuestros turbados ojos se encontraron; pero un sólo instante nos perdió á entrambos. Cuando el feliz Lancelot recibió al fin el anhelado beso, entonces el hombre que ya jamás me será arrebatado, unió sus labios á los trémulos míos; y dejamos caer el libro que nos había revelado el misterio del amor.»

¡Cuán admirable sencillez se advierte en la narración de Francisca! ¡Cuán delicadeza brilla en el rasgo que lo termina! Virgilio no es mas púdico en el cuarto libro de la *Eneida*, cuando Juno da la señal, *dat signum*. El fragmento de que nos ocupamos debe tambien al Cristianismo una parte de su carácter patético, puesto que Francisca de Rimini es castigada por no haber sabido resistir su amor, y por haber sido infiel á la fe conyugal: la justicia inflexible de la Religión contrasta en el caso presente con la compasión que inspira una débil mujer.

No lejos del campo de los llantos, Eneas ve el campo de los guerreros, y en él encuentra á *Deifobe*, cruelmente mutilado. Su historia es interesante; pero el solo nombre de Ugolino recuerda un fragmento de muy superior mérito. Concíbese que Voltaire no haya visto en las llamas de un infierno cristiano sino objetos burlescos; empero, ¿no es preferible para el poeta hallar en ellas al conde de Ugolino, y adecuada materia á unos versos tan hermosos y á unos episodios tan trágicos?

Si de estos pormenores pasamos á considerar bajo un aspecto general el *Infierno* y el *Tártaro*, veremos en este á los Titanes precipitados por los rayos de Júpiter; á Ixion amenazado con ser precipitado de un peñasco; á las Danaides con sus toneles; á Tántalo engañado por las aguas, etc.

Mas, sea que al fin nos familiarizamos con la idea de esos tormentos, sea que nada tengan en sí mismos que produzcan la sensación de lo terrible, porque se miden por penalidades conocidas en la vida, es lo cierto que producen escasa impresion en el ánimo. Pero si quereis sentirnos profundamente conmovidos; si quereis saber hasta donde puede extenderse la imaginación del dolor; si quereis conocer la poesía de los

tormentos, y los himnos de carne y sangre, bajad al infierno del Dante. Aquí, las sombras son sacudidas por los torbellinos de una tempestad; allí, los incendiados sepulcros encierran á los fautores de la herejía; los tiranos están sumergidos en un río de sangre tibia; los suicidas, que desdeñaron la noble naturaleza del hombre, han retrogrado hácia la planta, y han sido transformados en unos árboles raquíuticos que crecen en una arena abrasada, y cuyas ramas arrancan sin cesar las harpías. Estas almas no volverán á unirse á sus cuerpos el día de la resurrección, sino que los arrastrarán por el espantoso bosque, para colgarlos de las ramas de los árboles á que están asidas.

Si se objeta que un autor griego ó romano hubiera podido hacer un Tártaro tan formidable como el infierno del Dante, esto nada prueba contra los medios poéticos de la religión cristiana; pero basta por otra parte tener algun conocimiento del genio de la antigüedad para conceder que el tono sombrío del infierno del Dante no se halla en la teología pagana, y que pertenece á los dogmas amenazadores de nuestra fe.

CAPITULO XV.

Del purgatorio.

CONFESARASE á lo menos que el purgatorio ofrece á los poetas cristianos un género de *maravilloso* ignorado de la antigüedad. No hay tal vez cosa mas favorable á las Musas que ese lugar de purificación, colocado en los confines del dolor y de la alegría, en donde se reunen los confusos sentimientos de la felicidad y del infortunio. La gradación de los sufrimientos, en razon de las faltas pasadas; esas almas, mas ó menos felices, mas ó menos brillantes, segun que se aproximan mas ó menos á la doble eternidad de los placeres ó los castigos, podrian suministrar al pincel interesantes asuntos. El purgatorio excede en poesía al cielo y al infierno, porque deja entrever un porvenir que falta á estos.

En el Eliseo antiguo, el río Leteo, había sido inventado con mucha oportunidad; pero no puede decirse que las sombras que de nuevo recobraban la vida en sus orillas, presentasen la misma progresión poética hácia la felicidad, que las almas del purgatorio. El abandonar los campos de los manes felices era volver á entrar en el círculo del movimiento vital, tomar á nacer para tornar á morir, ver lo que ya se había visto. Todo aquello cuya extension puede medir el espíritu, es pequeño; y aunque el círculo que entre los antiguos servía de emblema á la eternidad, podía ser una imágen grande y exacta, nos parece que mata la imaginación, pues la obliga á girar incesantemente en su formidable circuito. La línea recta, indefinidamente prolongada, sería quizá mas significativa, porque lanzaría la mente á las pavorosas regiones de un vago ideal, haciendo caminar de frente tres cosas que al parecer se escluyen: la esperanza, la movilidad y la eternidad.

La relacion que se establezca entre el castigo y la culpa puede producir en el purgatorio todos los encantos del sentimiento. ¡Qué de ingeniosas penas no pueden reservarse á una madre demasiado tierna, á una jóven demasiado crédula, á un jóven demasiado impetuoso? Y en verdad, toda vez que los vientos, el fuego y los hielos, prestan su violencia á los tormentos del infierno, ¿por qué no hallar sufrimientos mas suaves en los cantos del ruiseñor, los perfumes de las flores, el rumor de las fuentes, ó en las afecciones puramente morales? Homero y Osian han cantado *los placeres del dolor*.

Otro origen de poesía inherente al purgatorio, es el dogma que nos enseña que las oraciones y buenas obras de los mortales aceleran la salvación de las almas. Admirable es este comercio que se establece

entre el hijo vivo y el padre difunto, entre la madre y la hija, entre el esposo y la esposa, entre la vida y la muerte! ¡Cuántos tiernos sentimientos se encierran en esta doctrina! Mi virtud, aunque misero mortal, es un patrimonio comun á todos los cristianos; y así como me he visto envuelto en la culpa de Adam, mi justificación refluirá en beneficio de mis hermanos. ¡Poetas cristianos! los ruegos de vuestros Nisos llegarán á vuestros Euriales mas allá del sepulcro; vuestros ricos podrán repartir su sobrante con el pobre; y además del placer que hallarán en esta sencilla y agradable acción, Diosles recompensará sacando á sus padres y madres de un lugar de penas. Es cosa que complace ver que se ha obligado al corazón del hombre á la práctica de la virtud, mediante el atractivo del amor, y pensar que la misma moneda que da el pan al desvalido, concede tal vez á un alma un eterno puesto en la mesa del Señor.

CAPITULO XVI.

El Paraíso.

El rasgo que distingue esencialmente el *Paraíso* del *Eliseo*, es que en aquel las almas santas habitan el cielo con Dios y los ángeles, al paso que en este las sombras felices están separadas del Olimpo. El sistema filosófico de Platon y de Pitágoras que divide el alma en dos esencias, la *carne sutil* que vuela hasta la luna, y el *espíritu*, que sube hasta la Divinidad; este sistema, decimos, no es de nuestra competencia, puesto que solo hablamos de la teología poética. En muchos lugares de nuestra obra hemos hecho ver la diferencia que existe entre la felicidad de los elegidos y la de los manes del Eliseo. Una cosa es vivir entre danzas y festines, y otra conocer la naturaleza de las cosas, leer el porvenir, ver las revoluciones de las esferas, y hallarse como asociado á la omnisciencia, si no á la omnipotencia de Dios. Es no obstante, extraordinario que con tantas ventajas los poetas cristianos se hayan mostrado tan inferiores en la pintura del cielo. Unos han pecado por timidez, como el Taso y Milton; otros por excesivo esfuerzo, como el Dante; estos por abuso de la filosofía, como Voltaire; aquellos por profusion, como Klopstock. Ocúltase en este asunto un escollo, sobre el que aventuraremos algunas conjeturas. Es innato en el hombre no simpatizar sino con las cosas que tienen relaciones con él, y que le impresionan bajo cierto concepto, como por ejemplo, el infortunio. El cielo, mansion de una felicidad sin término, es harto superior á la condicion humana, para que el alma no mire con cierta indiferencia la felicidad de los elegidos, pues el hombre no se interesa por unos seres enteramente felices. Por esta razon, los poetas han brillado mas en la descripción de los infiernos, porque á lo menos se ve en ellos la humanidad, toda vez que los tormentos de los condenados nos traen á la memoria las penalidades de nuestra vida. Compadecemos los infortunios ajenos á imitación de los esclavos de Aquiles, que al derramar copiosas lágrimas sobre el cadáver de Patroclo, lloraban en secreto sus propios infortunios.

Para evitar la frialdad que resulta de la eterna y siempre uniforme felicidad de los justos, pudiera intentarse establecer en el cielo alguna esperanza, algun vislumbre de una felicidad mayor, ó de una época desconocida en la revolucion de los seres; pudiera hacerse un recuerdo mas frecuente de las cosas humanas, ya por medio de comparaciones, ya prestando afectos y aun pasiones á los elegidos: la Escritura nos habla de las *esperanzas* y de las *santas tristezas* del cielo. ¿Por qué, pues, no suponer en el Paraíso lágrimas del género que los santos pueden verterlas? Merced á estos diferentes recursos, haríanse nacer no pocas armonías entre nuestra limitada naturaleza y una

constitucion mas sublime; entre nuestros rápidos fines y las cosas eternas; así nos sentiríamos menos inclinados á mirar como una ficcion una felicidad que, en el mero hecho de parecerse á la nuestra, tendria alternativas de fruiciones y de lágrimas.

En vista de estas consideraciones acerca del uso de

lo *maravilloso* cristiano en la poesía, puede á lo menos dudarse que lo maravilloso del paganismo tenga sobre aquel una ventaja tan grande como generalmente se ha supuesto. Colócase siempre á Milton con sus defectos, frente á frente de Homero con sus bellezas; pero supongamos que el cantor del Edem hubiese



ARMIDA Y REINALDO.

nacido en Francia, en el siglo de Luis XIV, y que hubiese unido á la natural elevacion de su genio, el gusto de Racine y de Boileau; pues bien: ¿qué no hubiera sido en tal caso el *Paraiso perdido*? ¿Lo maravilloso de este poema no hubiera igualado al de la *Iliada* y la *Odisea*? Si juzgásemos de la mitología por la *Farsalia*, y aun por la *Eneida*, ¿tendríamos la brillante idea que de ella nos ha dejado el padre de las Gracias, el inventor del ceñidor de Venus? Cuando

poseamos sobre un asunto cristiano una obra tan perfecta como lo son en su género las de Homero, podremos decidirnos en favor de lo *maravilloso* de la Fábula, ó de lo *maravilloso* de nuestra religion: hasta entonces nos será permitido dudar de la verdad de este precepto de Boileau:

De la foi d'un chrétien les mystères terribles
D'ornements égayés ne sont point susceptibles.

Por lo demás, podíamos prescindir de poner al Cristianismo en parangon con la mitología, bajo el mero aspecto de lo *maravilloso*, puesto que solo hemos entrado en este exámen por superabundancia de medios, y para poner de manifiesto los recursos de nuestra causa. Hubiéramos podido orillar la cuestion de

una manera sencilla y concluyente; porque, aunque fuese tan cierto como es dudoso, que el Cristianismo no pudo brindar un *maravilloso* tan rico como el de la Fábula, siempre resultaria la verdad de que tiene cierta poesía del alma, cierta imaginacion del corazon, de que ningun indicio se halla en la mitología. Por con-



FRANCISCA DE RIMINI.

siguiente, las interesantes bellezas que brotan de este manantial constituirian por sí solas una cumplida compensacion á las ingeniosas mentiras de la antigüedad.

Todo es máquina y resortes, todo es exterior, todo está hecho para los ojos en los cuadros del paganismo; todo es sentimiento é idea, todo es interior, todo ha

sido creado para el alma en las pinturas de la religion cristiana. ¡Qué encanto de meditacion! ¡qué profundidad de pensamientos! Hay mas delicia en una de esas lágrimas que el Cristianismo hace derramar al fiel, que en todos los risueños errores de la mitología. Con una *Nuestra Señora de los Dolores*, una *Madre de*